

Izquierda y derecha, un esquema que agoniza (*)

RICARDO GARCÍA DAMBORNEA

El esquema agoniza.

No digo que haya desaparecido, pero sí que se esfuma, que se diluye en el aire como una nubecilla de verano.

Izquierda y derecha me recuerdan a esos paisajes fronterizos del Pirineo, tan semejantes el uno al otro que, si no existieran barreras diplomáticas, costaría mucho trabajo saber cuándo está uno en Francia o en España.

No quiere esto decir que la Izquierda y la Derecha sean iguales. No lo son, ni en su origen ni en su historia. Pero se asemejan cada días más porque se transforman. Y lo hacen de tal manera que, cuanto más se transforman, más se asemejan.

Y todo esto ocurre y es natural que ocurra porque, tanto la derecha como la izquierda, han perdido su público particular y ahora se dirigen a un auditorio común.

Para facilitar la exposición, trataré por separado las evoluciones de la Izquierda, la Derecha y el público. Vaya por delante la salvedad de que no pretendo hablar sino de los partidos políticos con voluntad y posibilidad de acceder al gobierno.

1. EL HUNDIMIENTO DE LA IZQUIERDA

El cualquier periódico, en cualquier semanario donde se entreviste a un intelectual y, desde luego, en cualquier libro que trate de política, se proclama el hundimiento de la izquierda.

Sin embargo, en el escenario de la política española da la impresión de que la izquierda continúa, vigente en sus ideas, en sus valores y en sus propuestas, al menos si hemos de hacer caso a los miembros de dicha izquierda. Bien es verdad que reconocen abiertamente una necesidad inocultable: es preciso reinventar la izquierda. Si hay que reinventarla será porque no vale y, tal vez, como dicen algunos intelectuales, porque no existe.

Lo primero que se puede señalar de la Izquierda es que sufre una crisis de identidad. No sabe qué es. No sabe en qué consiste ser de izquierdas. No sabe qué es ser socialista (la prueba es la multitud de respuesta que ofrecen y lo mucho que debaten esta cuestión).

Ya se oye hablar de post-socialismo, otros se dicen socialistas póstumos, y muchos se limitan a confesar con tristeza: ¡Yo ya no sé dónde están los míos!

(*) Resumen de la conferencia pronunciada en el Club de Encuentros de Valencia, el 8 de noviembre de 1993.

El caso es que viven un estado de confusión porque saben que muchas de sus certezas se han derrumbado. Tampoco están seguros de qué queda en pie de sus valores o de sus instrumentos. Ni siquiera saben si queda algo en pie.

Se vuelven desconcertados hacia el norte de Europa, fuente tradicional de inspiración doctrinaria, pero de Europa no llega sino el mismo mensaje de desolación doctrinal.

No falta quien achaque la situación al hundimiento del bloque soviético y de su símbolo: el muro de Berlín. ¿Por qué?. ¿No era el comunismo un herejía condenada? La izquierda occidental debería haberse sentido tan confirmada en sus postulados como lo ha hecho el liberalismo.

Pero no ha sido así. El famoso muro no hizo más que poner sobre la mesa una realidad que venía de atrás y de occidente: que la izquierda había sucumbido mucho antes.

Como Vds. recuerdan, a partir de la Segunda Guerra Mundial, la izquierda, que desde su origen existía como alternativa global al liberalismo, modera sus posiciones y se convierte en socio de sus adversarios. Así nace el pacto social. Pacto que propician la nueva división del mundo en bloques y el crecimiento económico. Pacto que permitirá a la izquierda defender con éxito la extensión de los derechos civiles y el reparto de riqueza. Un pacto que convierte a los partidos socialdemócratas en una fuerza central de la etapa industrial de las naciones europeas.

Son años prósperos. No hay índice de bienestar que no crezca después de 1945. El PIB de la mayoría de países occidentales se multiplicó por 3 ó 4 entre 1950 y mediados de los 70. Los ingresos reales crecieron más aún. De verdad, éste fue el tiempo en que el crecimiento económico parecía dar respuesta a todo. Porque había más; y más significaba más para todos, al me-

nos en principio, lo que permitió desarrollar un estado de bienestar en expansión.

Para los objetivos de la izquierda, los resultados fueron espectaculares. Se produjo un salto de gigante en la fuerza de sus partidos políticos y de sus sindicatos, de sus conquistas sociales y del nivel de bienestar que lograron los trabajadores. Se alcanzó el éxito. Incluso contra corriente, porque los últimos pisos del estado de bienestar se añadieron a finales de los 60, cuando las tormentas de la crisis económica amenazaban ya sus estructuras.

Aquella izquierda, sin embargo, aunque entibie y posponga sus objetivos últimos, no los olvida. Todavía piensa que el verdadero sujeto de la historia no es el capital sino el trabajador. Conserva su creencia en la posibilidad de un alternativa al sistema. En una palabra, se mantiene una división clara entre derecha e izquierda.

Sin embargo, pese a las diferencias y como resultado de esta experiencia, se produce entonces un intercambio de valores. Señalaré algunos:

1. La izquierda proclama que socialismo es libertad, que la democracia es el único sistema que permite a los trabajadores acceder a la igualdad de derechos. En otras palabras: repudia la revolución.

2. Abandona, por falta de sentido, la lucha de clases. Ahora, los conflictos se pueden resolver civilizadamente mediante el diálogo o las urnas. La derecha burguesa y capitalista, que era el gran enemigo de clase, se ha convertido en un simple adversario político. Se repudia el marxismo.

3. El lenguaje de la izquierda se llena de expresiones que antes le eran ajenas, como: empresa, empresario, reconversión, macroeconomía, seguridad, capitalismo. Comienzan a desaparecer expresiones símbolo: Cogestión, nacionalización, etc.

4. El éxito tiene sus consecuencias: se templan las reivindicaciones; se burocratizan partidos y sindicatos; se diversifican los trabajadores al tiempo que se hacen más conservadores, es decir, más preocupados por no perder lo adquirido que por incrementarlo con nuevas conquistas.

Entonces, aparece la crisis.

Cuando llegan los problemas, la izquierda incorpora un valor nuevo y definitivo: la corresponsabilidad; la responsabilidad compartida. Porque se tiene la convicción de navegar en el mismo barco. No se trata, pues, de cambiar el modelo de sociedad, sino de salvar el único disponible. No se vuelve a tomar en serio la alternativa al sistema. Se apaga la aurora. Baja el telón sobre el horizonte de la utopía.

Acto seguido, comienza el desmantelamiento del instrumental que contribuyó al éxito y que la crisis ha vuelto inservible: nacionalizaciones, pacto social y keynesianismo. Con su desaparición, puede hablarse con rigor de muerte de la socialdemocracia clásica.

Hundida la práctica, le llega el turno a la ideología. A la izquierda no le queda más remedio que reconocer su indigencia ideológica. No dispone de fórmulas para salir de la crisis. No es lo suyo. Donde le corresponde gobernar, no le queda más recurso que utilizar la política ajena, la política de quien sabe ganar dinero, la política del capitalismo.

De manera que, la crisis económica de los años 70, sirve para olvidar la alternativa global, abandonar los instrumentos socialdemócratas y reconocer la eficacia del capitalismo.

Desde los años 70, la izquierda comienza a reducirse al área de los sentimientos. Le quedan unos valores, una moral, un humanismo filantrópico sin cauce político. (Es esa imagen moral y la urgencia de los españoles por ponernos al día lo que facilita el triunfo del PSOE en 1982).

Lo que ha hundido a la izquierda ha sido una combinación de éxito social y de crisis económica. De éxito social, porque logró alcanzar en unos cuantos países records históricos de bienestar y asistencia sociales, difíciles de superar. De crisis económica, porque sirvió para poner de manifiesto las insuficiencias del socialismo democrático cuando el beneficio no abunda.

Como señalara Dahrendorf, una fuerza histórica había perdido su momento. Lo había perdido porque, después de una larga centuria de luchas, había llegado, por fin y sobradamente, a las máximas metas que podía alcanzar. Las grandes fuerzas sociales mueren en el momento de la victoria. Su final llega cuando el futuro deja de estar con ellas.

2. REINVENTAR

La Izquierda, incluida la española, sin horizonte utópico, sin instrumentos, inmersa en el capitalismo, y consciente de que asiste al final de su propia historia, trata de reconstruirse, de recuperar sentido, instrumentos y público.

Desde la caída del sistema soviético, oímos decir en España, parodiando a Octavio Paz: Nos hemos equivocado; las respuestas eran erróneas; pero las preguntas persisten.

No nos dicen cuáles sean las preguntas. Nos dejan suponer que se refieren a la persistencia de injusticias y desigualdades en el mundo y en nuestra sociedad.

De aquí se deriva una conclusión muy cómoda: los socialistas son necesarios, dicen, porque su razón de ser es combatir la injusticia. Ahora que habitamos el capitalismo, son más necesarios que nunca porque el capitalismo es muy injusto. De manera que el papel de la izquierda, su razón de ser, consistiría ahora en humanizar el capitalismo. El principal hallazgo de algunos teóricos de la izquierda es que ella puede ges-

tionar el capitalismo mejor que la derecha.

Nadie negará que el capitalismo es salvaje, deshumanizado, y que, en consecuencia, precisa correctivos que lo civilicen. Pero así ha sido siempre, ¿o es que antes habitábamos un mundo que no era capitalista?

No discutiré aquí esta pretensión ni si caben diferencias entre izquierda y derecha para dicha gestión. Lo que me importa señalar es ese cambio: la izquierda nace como alternativa al capitalismo, para sustituir al capitalismo. Confiesa su incapacidad; reconoce que el capitalismo es insustituible y levanta un nuevo propósito: mejorar el capitalismo. Como quien dice, ahora, de lo que se trata es de ser capitalistas, pero buenos.

¿De verdad quiere ser capitalista la izquierda? No. Le acompleja. Pese a estar inmersa en el capitalismo, la izquierda no quiere proclamarse capitalista. Pretende ser un gestor del capitalismo desde fuera del capitalismo. Como quien se sitúa por encima del bien y del mal para preservarse inmaculado. Como quien monopoliza el bien y la justicia frente al resto, al que, por exclusión, no le corresponden sino el mal y la codicia.

Pero aceptemos la propuesta. El capitalismo ofrece abundante trabajo. Hay muchas tareas que realizar: corregir la acción del mercado con el Estado Social; asegurar el Estado de bienestar; democratizar la economía; combatir el dualismo de la sociedad; etc.

No está claro que estas preocupaciones se puedan considerar exclusivas de nadie, es decir, que sirvan para definir a la izquierda. Para no repetirlo luego, adelanto ya que los partidos políticos de derecha, sea en Alemania, en Francia, en España o en USA, defienden las mismas correcciones. Afortunadamente. No parece, pues, que pueda ser esta tarea correctora la que singula-

rice a la izquierda en el futuro. Insisto, afortunadamente.

Además, ¿quién pertenecería a esa izquierda que humaniza el capitalismo?. Con tales criterios, puede resultar tan amplia que no les quepa la gente. Hasta el Papa y, en su nombre, el nuncio del Vaticano, podrían ser de izquierdas.

La pregunta no es gratuita. La izquierda se la hace por no lograr resolver su crisis de identidad. ¿En qué se diferencia el ciudadano de izquierdas del común?. Yo no lo sé. Lo grave es que no lo saben ellos tampoco. No lo saben y les desasosiega. Se proponen catálogos pintorescos de intereses cívicos diferenciadores. Por ejemplo, una persona de izquierda, según algunos, se diferenciaría por su defensa de los valores de la ilustración; el universalismo (internacionalismo); la tolerancia (frente a fundamentalismo, racismo, xenofobia, terrorismo); los derechos humanos; la emancipación de la mujer; la defensa de las minorías; la participación política frente a la anestesia del sistema; el reforzamiento de las ideas democráticas; la protección de la naturaleza; el europeísmo; el progreso...

Con tales criterios, debemos concluir que todo el mundo podría ser de izquierdas, puesto que, si no me equivoco, sobre estos presuntos rasgos izquierdizantes existe un consenso social prácticamente universal. Si ser de izquierdas se resume en comportarse como personas decentes, civilizadas y razonables, no queda sitio para la derecha.

Es evidente que asistimos a esfuerzos desesperados por intentar rellenar un cascarón, al que se le tiene mucho aprecio pero que se ha quedado irremediablemente vacío.

3. ¿ES POSIBLE LA RECONSTRUCCIÓN DE LA IZQUIERDA?

Seguirá irremediamente vacío porque no parece posible la reconstrucción de la izquierda. No es posible porque no dispone de mensaje propio, ni de enemigo propio, ni de público propio.

No tiene mensaje propio, porque no dispone de alternativa para el capitalismo y carece de solución propia, diferenciada, para sus problemas, en especial para los que caracterizan al mundo que nace en los años ochenta: la economía internacional, la desaparición de los bloques, las nuevas tecnologías... La izquierda no tiene soluciones porque no las tiene nadie. Y no las tiene nadie porque no existen. Y no existen porque vivimos en el conflicto. Porque los cambios superan cualquier doctrina. Porque se han quedado inservibles todas las recetas viejas.

No es posible reconstruir la izquierda porque no tiene enemigo. La izquierda tenía sentido en la defensa de unos intereses y de unos valores, en tanto en cuanto necesitaban defensa porque eran rechazados por otros grupos de la sociedad. Eso no es el caso hoy. La derecha también ha cambiado. Es increíble afirmar que hoy la derecha no es demócrata, que tiene vocación gopista, o que no le interesan los asuntos sociales, que es insolidaria. Tan increíble como sostener que la izquierda ampara a los pobres. Los valores que pretende defender la izquierda no los ataca la derecha. Existe un consenso social que caracteriza a las naciones civilizadas, en el que podrá discutir acerca de un poco más de esto o un poco menos de aquello, pero nada más. La sociedad no lo consentiría, y la sociedad es la que vota. Los contratos laborales los modifican tanto unos como otros. La seguridad social la recortan ambos. Los impuestos los suben y los bajan unos u otros, según convenga, etc. La izquierda carece de enemigo ideo-

lógico. Si tuviera enemigo ideológico no tendría enemigo electoral.

En fin, no será posible reconstruir la izquierda porque no existe un público propio. Lo esencial de la izquierda no han sido sus instrumentos, ni siquiera sus valores, sino algo previo a todo ello: la existencia de un grupo social articulado para la defensa de sus intereses, tanto laborales como políticos. Todo lo demás son fantasías. Ha sido este grupo social articulado el que ha generado los valores y los instrumentos políticos. La izquierda ha existido porque existía un fragmento de la sociedad que sabía con nitidez cuáles eran "los suyos" en un mundo de intereses sociales, en conflicto, sin otro recurso que la organización común. Es el mundo de las casas del pueblo, de los partidos políticos de izquierda y de los sindicatos.

¿Donde está hoy ese cuerpo social? ¿Dónde está hoy la sociedad de izquierdas, la clase social que sostenga esa reconstrucción del proyecto socialista? En algunas élites intelectuales más preocupadas por la estética que por los problemas sociales. Uno lee sobre la izquierda en periódicos, revistas y libros, pero no se encuentra a la izquierda por la calle. O se la encuentra tan repartida entre trabajadores manuales, presidentes de consejos de administración y páginas de las revistas del corazón, que estamos obligados a admitir que carece de límites. Ni siquiera cuando contempla una manifestación de trabajadores, puede uno decir: "he aquí la izquierda". Porque ya sabemos que los alineamientos laborales no coinciden con las preferencias electorales. Es decir: hoy no sorprende conocer a un obrero airado que vota a la derecha o descubrir que un banquero vota a la izquierda. Aquí, en Inglaterra, en Italia, en Francia y en todas partes. De otro modo, no se entenderían los cambios políticos que percibimos en el mundo. De otro modo, ni la derrota socialista hubiera sido tan escandalosa en Francia, ni JMA hubiera podido reunir jamás 8 millones de votos en España.

Por eso, porque no tiene un público propio, y lo sabe, trata la izquierda de aglutinar lo que se ha llamado el "bloque de clases": la suma de intelectuales, profesionales, amas de casa, pequeños comerciantes, agricultores, a los que ahora se quiere añadir todas las nuevas formas de activismo social y todos los partidos políticos que no sean de derechas. El "Big-ban" que convocó el Sr. Rocard para resucitar la izquierda francesa. Desgraciadamente para esas intenciones, cada día quedan menos ciudadanos ideológico-dependientes.

Pese a todo lo dicho, el mayor problema de la izquierda, en mi opinión, no está en que pierda su sentido tradicional, pierda sus ideas, pierda su vocación de alternativa y pierda su grupo social. Existe hoy algo peor: una aplastante mayoría de la humanidad que no tiene acceso al bienestar occidental y que desea tenerlo. Una mayoría que compite trabajando por menos dinero (dumping social), que acepta las industrias contaminantes que los europeos rechazan (dumping medioambiental) y que emigra a occidente para conseguir un puesto de trabajo.

Los occidentales habitamos una ciudadela que disfruta de las reglas de un club privado. Los derechos, los beneficios, las consideraciones, son un lujo exclusivo reservado a los socios. No son válidos para la gente de fuera. Aquí se rinden las últimas banderas del credo emancipador. Porque a la izquierda europea no le queda más remedio, para que los electores no la abandonen, que relativizar sus valores, relativizar la igualdad: "todos somos iguales, pero los europeos, más". Este es el capitalismo que desea gestionar la izquierda: el de la ciudadela de los privilegios. Los demás, son gestos para la galería.

¿Qué queda en pie? Los valores característicos: Igualdad, Justicia, Solidaridad. No los he mencionado porque, durante la última campaña electoral, comprobé que formaban en el ideario de todos los partidos concurrentes.

4. ¿QUÉ QUEDA?: REINVENTAR LA JUSTIFICACIÓN

El único futuro que le queda a la izquierda, dicen algunos socialistas franceses, es disputarle a la derecha las clases medias, esa gran panza de la sociedad angustiada por la crisis y la apertura internacional.

Es verdad. No queda más seña de identidad en la izquierda que la de no ser derecha. En consecuencia, lo que urge no es tanto reinventar la izquierda, sino reinventar la derecha. Es preciso que exista una derecha que justifique la existencia de una izquierda. Por eso, el PSOE cultiva la imagen de una derecha amenazante, agresiva, una variedad de peligro público. Así resuelve de un plumazo su crisis de identidad.

Si ser de izquierdas consiste en no ser de derechas, el papel de la izquierda se fundamenta en impedir que gobierne la derecha. De manera que, el sentido histórico del socialismo, contempla la misión histórica de tutelar la democracia contra las agresiones de la caverna. A esto ha quedado reducido hoy, en España, el debate ideológico. No queda en pie más debate que el instrumental.

5. LA TRANSFORMACIÓN DE LA DERECHA

Si en la izquierda hemos asistido a la evolución de una ideología cerrada que se disuelve progresivamente en el medio ambiente, el caso de la derecha es distinto. Se trata de una transformación. Bien es cierto que, aunque por caminos distintos, dicha transformación desemboca en la misma casilla en que se encuentra hoy la izquierda. Para lo que necesitamos aquí hoy, nos van a bastar unas pocas pinceladas. Vaya por delante una idea básica: no sé qué es la derecha hoy. No sé dónde están sus límites. No sé en qué consiste ser de derechas hoy. No es que esté ciego. Es,

tal vez, que la derecha de nuestros días carece de una definición clara, de límites precisos en su frontera con la izquierda, o que sus miembros son de tantos tipos que resulta imposible resumirlos en un modelo. Si añadimos a todo ello que no se está quieta sino que se halla sometida a un proceso de transformación acelerado, se entenderá mejor mi declaración: no sé qué es la derecha hoy. Añadiré más: no existe la derecha en los términos en que la hemos entendido tradicionalmente. Esto de hoy es otra cosa y, en España, es nueva.

La ideología que mejor encaja con la idea de derecha hoy es el liberalismo, como todo el mundo sabe. Si el socialismo ha sufrido cambios, el liberalismo, desde que los progresistas españoles inventaron el término hasta nuestro días, no ha experimentado menos, con el añadido multiplicador de que nunca ha sido homogéneo. No olvidemos que izquierda y derecha comenzaron siendo liberales ambas. No es, pues, que haya evolucionado el liberalismo. Han evolucionado los liberales. No le arriendo la ganancia a quien pretenda hoy día resumir, en una sola corriente, las múltiples derivaciones que ha seguido la doctrina.

El liberalismo no ha conocido nunca una ortodoxia omnicompreensiva, como la izquierda. Estamos hablando de una ideología muy relativa, que ha sido más bien una doctrina política, muy elástica, que admite muchas variantes; tantas que si un liberal pasa por ser de derechas en España, en los USA se le considera de izquierdas.

Igual que ocurría con el marxismo, la doctrina ha estado vinculada con teorías económicas homónimas, incluidos sus planteamientos más dogmáticos, es decir los menos liberales. Como todo el mundo sabe, es la doctrina vinculada al capitalismo, que no constituye una ideología sino una práctica política, aunque es cierto que cada práctica política capitalista ha generado sus propios doctrinarios y que estos repre-

sentaban siempre variedades del liberalismo.

Si uno contempla la enorme diversidad de actitudes en la derecha, lo primero que llama la atención son sus antítesis. En materia de costumbres, podemos encontrar desde el arcaísmo más conservador hasta el progresismo de última hora. La derecha española, por ejemplo, alberga sexófobos recalcitrantes junto a jóvenes que defienden el uso del preservativo para evitar embarazos indeseables. En lo social, cohabitan el rico más indiferente con el más abnegado defensor de la doctrina social de la Iglesia. En lo económico, uno descubre desde el pragmatismo pelado de la señora Thatcher y su revolución neoliberal (antiliberal), hasta el Estado social alemán a donde la derecha lleva cincuenta años como el "otro socio" del pacto social. En sus doctrinas sobre el Estado se pueden encontrar posiciones más intervencionistas, menos intervencionistas o ambas cosas a la vez, según convenga.

Unos defienden que, para la buena marcha de la economía, hay que dejar que el rico siga rico y que el pobre siga pobre. De otra manera, dicen, ni el uno invierte —porque no le conviene— ni el otro trabaja —porque no le hace falta—. En el otro extremo figuran quienes defienden un capitalismo de rostro humano. Si unos dicen que el mercado es bueno, el Estado, malo, y los impuestos fatales; que de la seguridad social, la enseñanza y la sanidad públicas no quieren ni oír hablar, los otros responden que el funcionamiento del mercado no puede regir por sí solo el conjunto de la vida social; que el mercado debe ser equilibrado, contrarrestado por la exigencia social cuyo garante es el Estado social.

Es difícil, en estas circunstancias, señalar características comunes que ni existen ni existirán. Existe ahora mismo un debate abierto entre las dos posiciones más extremas, pero que comprende numerosas posturas intermedias. En dicho debate no puede ignorar la

derecha el efecto devastador de las fantasías neoliberales. El peor déficit que sufren hoy los USA, acribillado de deudas, no es financiero, sino social. Reagan hundió el capítulo social y no restauró la economía. El neoliberalismo ha sido la mejor apuesta por la ineficacia social y económica. Sus resultados se pueden calificar con propiedad como degradación. Los USA han llegado a estar a la cabeza en tasas de crimen y en la cola en vacunaciones infantiles y en participación electoral. Ninguna otra sociedad muestra hasta qué extremos puede llegar la división en su seno, con qué vertiginosa velocidad se multiplica el número de pobres y qué enjambre de nuevos problemas plantea esa realidad que parecía imposible: la coincidencia de la prosperidad con la decadencia. Empleo la palabra prosperidad en términos relativos, puesto que el neoliberalismo ha fomentado en realidad otra cosa: un nuevo capitalismo fácil, financiero, especulativo y corrompido. Un capitalismo incivil que no reclama el reino de la ley del mercado sino la monarquía absoluta del dinero. Sabíamos que el capitalismo no da para todos. Gracias a la revolución neoliberal del Sr. Reagan y la Sra. Thatcher sabemos que no da ni siquiera para todos los ricos. Porque también los ricos son víctimas potenciales de esa anarquía económica. No da para las empresas que sucumben a las maniobras especulativas. Hace estragos en las economías nacionales y no es bueno más que para los tiburones.

Conocida la experiencia neoliberal, podemos asegurar que las tendencias en la derecha europea no caminan en la dirección de apostar por la inestabilidad económica y empresarial, multiplicar los ghettos, las bolsas de pobreza, la delincuencia o las revueltas callejeras al estilo de Los Ángeles. Son mucho más felices las experiencias de quienes han defendido y defienden —desde la derecha europea— que el crecimiento nos produce por sí mismo una distribución mejor, es decir, más justa; que así como ninguna sociedad socialista podía pretender que todos los bienes fue-

ran gratuitos, ninguna sociedad capitalista puede considerar el conferir a todos los bienes (y servicios) un carácter comercial; que en general, las economías más eficaces corresponden a las sociedades más armoniosas en el plano social. En una palabra, como señalaba Schumpeter, que los automóviles rápidos pueden correr más porque llevan mejores frenos.

En fin, y sobre todo, no olvidan los teóricos del liberalismo que la pobreza se ha vencido, donde se ha vencido, aplicando una tríada de normas inseparables: el capitalismo (o sea, la libre fijación de los precios en el mercado y la libre propiedad de los medios de producción), los derechos humanos y, en tercer lugar, la democracia.

En una palabra, y por resumir: si la izquierda ha descubierto las virtudes del beneficio (y los méritos de la iniciativa personal), la derecha comprueba las ventajas de la cohesión social.

Sobre el indiscutible papel que ha jugado la influencia de la izquierda en esta actitud de la derecha no me puedo entretener, pero bien comprenden Vds. que ha sido enorme, tanto de forma directa, al impregnar a la sociedad con sus propios valores, como indirecta. Por ejemplo, no se puede ignorar el cambio que las ideas de la izquierda han producido en la doctrina social de las Iglesias europeas y, en una segunda fase, la gran influencia ejercida tanto por la Iglesia católica en los miembros de la Democracia Cristiana alemana, como por las Iglesias protestantes entre los socialdemócratas.

En resumen: Hablar de la derecha en general es una forma de perder el tiempo. Tenemos que tratar de la derecha que es mayoritaria en Europa. Esa derecha parece dispuesta a que los debates sobre asuntos sociales o valores civiles no sean exclusivos de la izquierda. Cada día son más difíciles de precisar los límites en la zona de contacto entre ambas formaciones.

No quisiera dejar este apartado sin hacer algunos comentarios muy resumidos sobre la derecha española.

¿Qué sabemos de la derecha española?

1. Que es nueva y no ha completado su evolución (ni la completará hasta que gobierne, hasta que llegue la hora de concretar sus posiciones).

2. Que recupera el liberalismo como doctrina, lo que no ocurría en la derecha española desde los tiempos de Alfonso XIII. No tenemos delante a "las derechas" en general, de las que hemos conocido unas cuantas variedades en España.

3. Que se alinea, como es normal en el continente europeo, con el liberalismo demócratacristiano, es decir, con el Estado Social de Derecho, que es el que recoge nuestra Constitución.

4. Que ha quebrado el veto de descalificación que pesaba sobre ella como consecuencia de su colaboración con el franquismo, como le ocurrió a la derecha francesa en relación con el gobierno de Vichy.

5. Que quiere gobernar, para lo que precisa votos y respaldo popular, lo que determina, más que ninguna otra cosa, el carácter de sus propuestas, como veremos enseguida.

Si le preguntamos qué quiere para los españoles, contestará: bienestar, trabajo, justicia social..., lo mismo que el PSOE.

¿Hay que crearla? Yo creo que sí, porque los partidos políticos que desean gobernar son intercambiables.

6. INTERCAMBIABLES

En una democracia real, los partidos los hace el pueblo. Pues bien, hoy son intercambiables por voluntad del pueblo soberano. Intercambiables que

re decir lo que dice: son piezas de recambio para la gestión pública y que es el pueblo quien los quiere así. Esto es tan determinante que podíamos haber prescindido de todo lo dicho y abordar directamente la cuestión por esta capitulo.

a) Izquierda y derecha OFRECEN LO MISMO porque se dirigen al mismo público. Un público nuevo, al que vamos a llamar, para entendernos, la nueva clase o, mejor, la clase de la mayoría.

Ofrecen gobernar para todos, lo que es posible porque ese "todos" no está enfrentado, no forma frentes. Es homogéneo en sus demandas básicas. Antes, no. Las diferencias sociales se traducían en diferencias políticas. El conflicto entre los diferentes grupos se expresaba a través de los partidos políticos, que representaban una traslación democrática, pacífica, de la lucha de clases.

Ahora, los conflictos se producen acerca de un poco más o un poco menos, pero ya no se discute el todo o nada. Porque en las sociedades occidentales ha desaparecido el conflicto de clases en el sentido tradicional. No existen batallas entre grupos sociales que estén divididos por barreras infranqueables de poder o de derechos. Al contrario, cabe que un notario vote al PSOE y su asistenta lo haga al PP. La razón, la clave que explica este cambio en el comportamiento de la sociedad, se llama igualdad de derechos. Una vez que la inmensa mayoría de las poblaciones occidentales se ha hecho ciudadano en el absoluto sentido del término, es decir, que disfruta de derechos comunes, las desigualdades sociales y las diferencias políticas no se plantean igual que cuando esos mismos ciudadanos carecían de oportunidades. El pueblo no necesita ya unir sus fuerzas con quienes están en su misma posición de desventaja para luchar por los derechos básicos, porque no reclama ya cambios fundamentales. Las luchas de hoy son más individuales. Quien quiere mejorar su posición no recurre ya a grandes

movimientos colectivos, sino a su esfuerzo individual, por una parte o, si acaso, a la presión social que pueda ejercerse mediante pequeños grupos sectoriales, como los que, sin carnet y sin alineamientos políticos, defienden la igualdad de derechos para la mujer, combaten la contaminación ambiental, el servicio militar, etc. Grupos sectoriales que pueden coincidir o no con la posición de un determinado partido político o con ninguno.

En una palabra: hoy no es sencillo clasificar política o sociológicamente a la inmensa mayoría de los ciudadanos. Sus posiciones, sus ideas, sus aspiraciones, son intercambiables, independientemente de su origen o posición social. Eso ocurre en todos los escalones de la sociedad. Todavía persisten ciertos clichés sociológicos con presunta influencia electoral. Se dice: "los obreros votan a la izquierda, la vanguardia intelectual es de izquierda", etc. Son clichés. Pretender que los trabajadores o los empresarios forman grupos homogéneos en tan artificial como pretender que cada partido representa sectores diferenciados de la sociedad. La realidad es que están votando a la izquierda, paradójicamente, las personas mayores y los campesinos. Por el contrario, están votando a la derecha, paradójicamente, los jóvenes y los electores de los grandes centros urbanos. Si le cuentan esto a D. Carlos Marx, le da un vahído.

La verdad es que para esa inmensa mayoría carece de importancia la ideología de quien gobierne. No espera grandes cosas de unos ni las teme de los otros. Desea soluciones. Al que está parado han dejado de inspirarle confianza las credenciales de los partidos. Para muchos se trata, en último término, de una elección estética: se elige el candidato más presentable o el partido con mejor imagen. Eso y el gusto por las caras nuevas es lo que determina un resultado electoral u otro.

b) Los partidos políticos se atienen al sistema de valores de la mayoría. No

conozco ningún partido político que pretenda gobernar y cuestione el sistema de valores básico de la mayoría. Podrán expresar diferencias de criterio sobre determinadas cosas, pero todos proclaman su adhesión al consenso de valores de la sociedad, en especial los que afectan al bienestar de los ciudadanos, porque son los que más preocupan a la mayoría. Cuando todos los partidos me ofrecen igualdad, justicia y solidaridad, ¿qué significa?. Cuando todos prometen crecimiento sostenido, que no ofenda la ecología, y distribución de la renta, ¿qué significa?. Que buscan el centro.

Los partidos políticos hacen ofertas dirigidas al centro, a esa clase de la mayoría, porque saben que esa clase vota centro. Desde sus posiciones electorales seguras, los partidos buscan el centro. Como el centro no es de nadie, no se adscribe a nadie, su conquista exige el mismo mensaje por ambas partes.

Es ilustrativo el caso de los Laboristas durante su reciente conferencia anual en Brighton. "Somos el partido de la ley y el orden". "Sólo los laboristas pueden acabar con la criminalidad y la inseguridad ciudadana creadas en catorce años de gobierno conservador". Arrinconan recetas clásicas, como la prevención y la asistencia social, para subrayar la necesidad de mayor dureza y su voluntad de aplicarla: "Los ladrones, los vándalos, los gamberros, los racistas, no caben en nuestra sociedad. Hay que apartarlos de ella". No pretenden ni siquiera parecer el partido de los trabajadores, sino el partido de la clase mayoritaria. ¿Qué pretenden?. Recuperar el poder. No se trata ya de salvar al mundo, ni siquiera a Inglaterra, ni siquiera a los trabajadores, que ahora son un lastre en su imagen y además no les votan. Están dispuestos a soltar lastres para recuperar la confianza de la clase de la mayoría. ¿Qué harán cuando gobiernen?. Poco más o menos, lo mismo que los conservadores.

La vocación de los partidos es ocupar el centro, que es donde están los

ciudadanos. Quien se proclama amigo del centro manifiesta su renuncia a la ideología. No es que yo diga que las ideologías pasan. Son los dirigentes políticos quienes proclaman con sus actos que no les interesen, aunque, por razones de imagen, cuiden los colores de su camiseta.

c) También los afiliados a los partidos son intercambiables. No sorprenderé a nadie si digo que muchos miembros del PSOE están más cerca de otros miembros del PP que de sus propios compañeros del PSOE. Y viceversa. Están más cerca de su adversario vecino que de su correligionario.

¿Qué significa esto? Que los partidos que compiten por el gobierno están algo más que próximos; que se han superpuesto, no en su totalidad, pero sí en la zona de contacto. Esta es una realidad innegable, aunque se oculte porque los partidos la consideran nociva para su buena imagen. Los partidos viven de exaltar las diferencias con sus adversarios y para ello se ven precisados a ocultar la realidad. Es lógico que ocurra así porque los partidos no representan ya a fracciones de la sociedad, sino que albergan un muestrario variadísimo de lo que pueda ser el conjunto de la sociedad (en el PSOE no existen ya límites a la hora de admitir nuevos miembros).

En último término, esto se traduce en lo que contemplamos hoy: dos alternativas de Centro que no se distinguen por sus contenidos sino por sus imágenes (las de los líderes en especial).

7. UN MUNDO QUE CAMBIA

¿Estamos hablando del fin de las ideas? Solamente de las viejas. Ante la emergencia progresiva de un método inédito, que ha cambiado más en los últimos 20 años que antes en dos siglos, no cabe, no puede caber, sino una absoluta renovación de las ideas. Es preciso ventilar las cabezas. Hemos

asistido al hundimiento del comunismo en el exterior, al naufragio de la izquierda en el interior, al fracaso neoliberal, a la detención (provisional?) del crecimiento en Europa, a la desaparición del tercer mundo en tanto que tal. En menos de cinco años, la mayor parte de las referencias que balizaban — políticamente — la vida intelectual europea han desaparecido. Las certidumbres se han desvanecido, los conceptos han cambiado de campo; los partidos que se dicen de izquierdas adoptan actitudes que eran antaño típicas de la derecha y viceversa. El monetarismo ha pasado oficialmente a la izquierda; la preocupación por el pueblo se ha deslizado hacia la derecha; el beneficio — lo que fuera antaño la sangre de los pobres —, ha encandilado a los socialistas. Y tantas otras cosas. Una mudanza de conceptos de esta amplitud no se había registrado en décadas, ni en un siglo, quizás.

Es evidente que están a punto de cambiar las reglas del juego político, pero eso no quiere decir que ya no haya reglas o que debamos renunciar a inventar otras. Las cartas están barajadas de distinta forma, pero no por eso han dejado de ser cartas, ni por ello sería lícito renunciar a participar en el nuevo juego. Si el mundo cambia, nosotros podemos cambiar con él o quedarnos atrás. Deben cambiar nuestras ideas, nuestras actitudes, nuestros instrumentos y nuestros análisis.

Si hace veinte años la sociedad podía estimar que, para corregir sus carencias sociales, necesitaba un gobierno de izquierdas, ¿de qué color ha de ser el gobierno que se enfrente a los problemas de hoy?. Ni de derechas ni de izquierdas. Los nuevos problemas no se resuelven desde la contradicción artificial de izquierda y derecha. Ni una ni otra disponen de fórmulas caracterizadas. Pongamos un ejemplo: la competencia económica internacional; la competencia económica de terceros países, basada en el dumping social y medioambiental.

¿Qué está pasando?. Resulta que las ventajas de ayer son los problemas de hoy. El bienestar y los salarios europeos se transforman en el principal inconveniente para competir ante un mundo más pobre. Las empresas europeas responden a la competencia intensificando la tecnología para ahorrar mano de obra y, cuando no es posible, desplazándose a países más baratos. O se van las empresas o reducen su mano de obra. Sólo en la última década, se ha reducido a la mitad el número de horas de trabajo necesarias para montar un automóvil, y a la cuarta parte las de edición de un libro. Digamos que, grosso modo, en la industria del automóvil sobran la mitad de los trabajadores y en la industria editorial, las tres cuartas partes. El primer castigo que padecemos es el paro. Los países que nunca hemos sido capaces de generar empleo suficiente, más.

¿Qué hay que hacer?. ¿Hemos de insistir en crear empresas desplazables fabricando cosas que pueda fabricar cualquiera?. ¿Hemos de competir rebajando los salarios?. ¿Hemos de ser más pobres para competir con los pobres?... ¿Existe otro problema más importante para nuestro futuro?.

Su solución, ¿es de derechas o de izquierdas?. No existe una solución de izquierdas, como no existe una solución de derechas. O no hay solución o sí la hay. Si la hay, no tendrá color. Ninguna propuesta va a gozar de más crédito porque se proclame de derechas. Ninguna va a gozar de menos crédito porque se proclame de izquierdas. La gente no mira ya los colores de las camisetas, sino la seriedad de las propuestas.

No quiero extenderme, pero podríamos multiplicar los ejemplos: Crisis del Estado de Bienestar, orientación de la educación o lo que vds. quieran. ¿Dónde está el adversario de clase en todos estos problemas, que no son de la derecha ni de la izquierda, de los ricos ni de los pobres, que son "nuestros" problemas?. ¿Con qué patentes alega nadie

estar mejor preparado en virtud de su ideología para gestionar esta situación?

He tratado de decirles que hemos llegado al final del drama. Cuando las alternativas eran claras, estábamos dispuestos a morir por las ideas. Ahora, los entusiasmos resultan de esa escasa utilidad. La política ya no es una tragedia. Ni siquiera un drama de fuerzas cósmicas enfrentadas. Es más simple que todo eso y, desde luego, carece de sentido pretender que la representación continúe con los mismos ropajes del viejo drama calderoniano. Es hora ya de que varíemos el repertorio.

Sé que los cambios no se van a producir de hoy a mañana. Sé, también, que por razones electorales y partidarias seguirán funcionando los viejos clichés durante un tiempo. No para mí, desde luego. Mucho menos, si al ropaje calderoniano siguen empeñados en añadirle los versos. Porque puedo aceptar que partidos políticos que compiten por el centro conserven los viejos colores de sus camisetas, pero no que las sacralicen; no que confundan una camiseta —que ya no tiene más sentido que distinguir a los equipos, como en el fútbol— con la verdad. Entiendo la nostalgia de muchos viejos militantes que viven, desolados, la desaparición de un esquema que llenaba su vida de sentido, que era cómodo, comprensible, porque colocaba a cada uno en su lugar. No entiendo, sin embargo, el sectarismo con que otros tratan de sostener lo insostenible. La época del monopolio de las ideas y de la moral ha concluido. Nadie dispone ya de una respuesta válida para todos los problemas.

Lo que necesitamos hoy es refrescar las mentes, las actitudes y los lenguajes. No podemos seguir planteando las cuestiones públicas en términos de bien y mal, de verdad y error. En la mitología clásica encuentra uno bellos ejemplos que enfrentan el bien y el mal absolutos. Las virtudes y los vicios aparecen encarnados en personas distintas, para que no quepa error. Hay filantropos, amigos de los hombres, y

ankylométés de mente retorcida. Prometeo es filántropo y Cronos tiene la mente retorcida. Es el combate de las buenas intenciones contra las malas. Del bien intrínseco contra el mal intrínseco. Al primero no hay que temerle, pero del otro conviene protegerse. Prometeo encadenado y Cronos devorador. El amigo y el enemigo. La verdad y el error. Muy bonito, muy primitivo, pero muy infantil, aunque todavía funcione en las campañas electorales.

Yo, desde luego, no entraré en ese juego. He sido de izquierdas cuando creí que tenía sentido serlo. Ahora no lo necesito para estar conforme conmigo mismo y a la altura de nuestro tiempo. Creo en la justicia y en la solidaridad como sostén de la convivencia en paz, y afirmo que estos valores no son patrimonio de ningún partido. Porque hoy constituyen, por fin, un patrimonio de la colectividad, y caracterizan ese consenso que define el modelo de sociedad occidental que llamamos civilización.

Más de mi gusto y más propio de un pueblo adulto resuena todavía el viejo discurso fúnebre de Pericles, cuando consuela a las madres atenienses recordándoles los valores por los que han muerto sus hijos en la guerra del Peloponeso. Los valores de su ciudad, los valores de la democracia: "La administración (de Atenas) favorece a la mayoría, y no a unos pocos; a esto le llamamos democracia. Si contemplamos las leyes, ofrecen igual justicia para todos pese a sus diferencias personales; si miramos a la condición social de los ciudadanos, el progreso en la vida

pública se vincula a la capacidad, y no se permite que las consideraciones de clase interfieran con el mérito; la pobreza no es un obstáculo; si un hombre es capaz de servir al Estado, no se le margina por la oscuridad de su condición". A esto seguimos llamándole civilización: a la igualdad de oportunidades, la igualdad ante la ley, la igualdad de participación. Y consideramos incivilizado, incivil, a quien lo rechaza.

No hay alternativa para la economía de mercado; y no hay alternativa para la democracia representativa. Esto es lo que piensan la mayoría de los ciudadanos, derecha e izquierda mezcladas, porque ambas han contribuido a crear esa cultura cívica que ya no pertenece a ningún partido. Después de dos centurias de confrontación, estamos en camino de alcanzar una síntesis que representa una etapa superior de nuestra cultura política. Una etapa más elevada que la que llenaba de orgullo a Pericles. Porque si el consenso que definía su civilización se apoyaba en la existencia de una mayoría de esclavos, nosotros deseamos que los valores que hoy compartimos y que dan sentido a nuestra convivencia puedan alcanzar a toda la humanidad.

No nos hallamos en una sociedad perfecta, donde pocas reformas deban practicarse. La injusticia continúa llamando a nuestras puertas, como lo hacía en el pasado. Nuna hay suficientes oportunidades vitales para suficiente gente. Solo que ahora, y en el futuro, los instrumentos que empleemos para combatirla tendrán que ser nuevos.